

melódica. Era la cualidad armoniosa del verdadero orador, que da a las palabras su música interior y a las ideas el dominio de su influjo. La realidad de la obra, la grandeza de la inauguración, habían inspirado el vuelo de los mejores pensamientos. Aquel discurso iba a ser una pieza de honda trascendencia en el recuerdo de su vida y la acción de su gobierno.

Empezó hablando sobre la vinculación provechosa que ofrece el ferrocarril al valor de la tierra, la creación de las industrias y el progreso del comercio. La maravilla mecánica, hecha por el ingenio humano, transformaba el destino de los pueblos. «Vivimos, decía, en esta América los días maravillosos de otro Génesis, y será contado entre ellos el día en que se vió por vez primera a la locomotora partir desde el majestuoso estuario del Plata, agigantando sus alas de relámpago y volando sobre los rieles de acero para detener después de breves horas su carrera vertiginosa en el centro del continente y a la falda del Aconquija».

Presintiendo el futuro engrandecimiento de la línea ferroviaria, agregaba: «Cuando queramos contar la epopeya de la guerra, diremos: traspusimos con San Martín los Andes, No ejecutamos ya otras hazañas sino las del trabajo creador y pacífico; pero no daremos por terminada la tarea sino cuando podamos también decir: he aquí el último canto de la nueva epopeya. Las ramificaciones de los Andes no nos han detenido y tendremos el último riel de hierro al frente de la frontera boliviana. Hemos luchado con el coloso mismo y éste ha inclinado de nuevo «la ardua frente para que pase otra vez el vencedor».

El recuerdo natal, la belleza del paisaje, le arrancan estas hermosas palabras sobre Tucumán. «¿La veis elevando con esfuerzo los blancos campanarios de sus iglesias sobre la corona de naranjos y limoneros que la circundan? El naranjo y el limonero que producen flores y frutos que embalsaman el ambiente de las tardes con sus perfumes, alimentan al pueblo, dan techumbre a sus hogares, son sus árboles predilectos porque son su emblema asociando lo útil a lo bello. No hay suelo hermoso sino el suelo fecundo».

«Buscaremos mañana, proseguía, al

Tucumán de la leyenda poética y lo encontraremos penetrando en la espesura de las selvas, escuchando sus rumores sordos que parecen los ecos doloridos de una lejana y vaga tristeza o viendo descomponerse los rayos vívidos del sol sobre las copas movedizas de los árboles para caer en hebras de luz matizadas de los colores infinitos. Pero lo encontraremos más cuando ascendamos sobre la cumbre de las montañas, en medio de la transparencia de la atmósfera que aleja y hace desaparecer los horizontes, viendo los bosques descender en graderías hasta la llanura y ésta abrirse y dilatarse en panoramas formados por los árboles, por las sombras y por los variados matices del campo fértil; al mismo tiempo que el ojo abarca el mayor espacio sometido jamás a su inspección, el pecho se dilata y se respira con expansión indecible, respondiendo instintivamente los versos de Goethe que Humboldt recordó en las cimas del Chimborazo: «Sobre la montaña mora la libertad».

La aprobación sonora de las palmas innúmeras, interrumpió el emocionante giro de las palabras seductoras. En seguida, trazó una bella evocación de la época ateniense para demostrar la utilidad maravillosa del arte y de la ciencia, el valor supremo del pensamiento y la cultura. Aquella enseñanza repercutía en todas las formas creadoras y eternas del progreso. Respecto al reflejo de esa acción sobre las cosas de la tierra, señalaba: «La inteligencia humana habrá pasado entonces como un soplo de vida aunando la segunda creación. El nuevo Tucumán se presentará transformado y embellecido, y si Dios nos depara la suerte de verlo otra vez, lo saludaremos con el grito de admiración del poeta latino: ¡Oh, hija más hermosa de tu madre hermosa!».

Antes de terminar la brillante exposición afirmó que «el ferrocarril iba a ponerse al servicio de un pueblo que practica las instituciones libres, cultiva el suelo y educa a sus hijos. El hecho presente es grande, pero no debemos absorbernos en su contemplación. No nos es permitido olvidar que sólo estamos en una estación del camino, que las dos grandes vías férreas que buscan por el Oeste y el Norte los confines de la Nación no pueden quedar suspendidas, por-

que ellas llevan dentro de sus líneas paralelas el progreso para los pueblos y la unidad para la República. No hay crisis para los trabajos necesarios y ampliamente reproductivos; y deben ser siempre atendidos, en los días de escasez con poco y en los días de abundancia con mucho».

Los diferentes pasajes del discurso fueron saludados con resonante admiración. Pero cuando Avellaneda, apartándose de los asuntos públicos, hizo una íntima confesión, el arrebató de la muchedumbre se tornó en una inenarrable exaltación. «Permitidme ahora, decía emocionado, una expansión personal que es la primera y que será la última en mis discursos públicos. He vuelto a mi ciudad natal tras de largos años. Quería después de tantas fatigas ver nuevamente los rayos de su sol y esperaba anhelante las brisas tibias de la tarde que jugaron con mis cabellos de niño para que refrescaran mi frente con su blando y perfumado aliento. Doy gracias a todos por haber encontrado estas acogidas penetrantes de cariño y palpitantes en su efusión que indentifican a un hombre con millares de hombres y que hacen experimentar la suprema de las emociones: la ebriedad del corazón».

La obra del ferrocarril que acababa de inaugurarse, habíase ejecutado en los momentos más difíciles para la Nación. La situación económica del país era verdaderamente grave. El Presidente Avellaneda tuvo que luchar con heroica voluntad, con patriótica abnegación de sacrificio. La conspiración revolucionaria amenazaba a cada instante y el descenso de la renta pública modificaba en forma dramática la ley de presupuesto. El gobierno tuvo que buscar extraordinarios recursos financieros en empréstitos internos, garantías de créditos, reformas de percepción fiscal. Fue entonces cuando el sereno hombre de los códigos y el gran estadista planeó para salvar la crisis, mucho antes que Carlos Pellegrini, las bases fundamentales para crear el indispensable Banco de la Nación.

Esa circunstancia no la olvidó el gobernador Tiburcio Padilla al confesar ante el pueblo la sincera gratitud de Tucumán. «Esta obra, decía elevando el metal de su voz, ha encontrado obstáculos de todo género para su realización y los que la han llevado a cabo se han hecho acreedores a la consideción del pueblo argentino. Los trastornos políticos que se han producido en los últimos tiempos, las dificultades económicas que fueron su consecuencia, las preocupaciones que aún no hemos podido sacudir, nos hicieron un día hasta desesperar de la pronta terminación de esta línea ferroviaria. El recuerdo de empresas de menos magnitud que habían fracasado en épocas más tranquilas y prósperas, influía poderosamente en el ánimo para aumentar el desaliento que por todas partes se manifestaba. Hoy las esperanzas de los que confiábamos tranquilos en el patriotismo de los hombres que están frente de los destinos de la República y en la actividad de los empresarios que se hallaban comprometidos

## BANCO NACIONAL DE SEGUROS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

PLENA GARANTÍA DEL ESTADO

**Seguros sobre la Vida-Incendio**

**Accidentes del Trabajo-Transportes Marítimos**

Capital ..... ₡ 4,000.000.00

Reservas diversas al 30 de Noviembre 1930. 4,240.967.87

Pólizas en vigor a la misma fecha. ₡ 73,863.537.02